



... De yiperos, jeeps y divagaciones

Por: *Juan José Jaramillo*

De mi última visita a Filandia, Quindío sólo me quedaba la vaga idea de un pueblo frío y distante, célebre por albergar un hospital psiquiátrico que ha suscitado toda suerte de historias, y del que sólo tenía la imagen mental de una construcción con aspecto de escuela rural, de exterior blanco y ventanas verde esmeralda

Me embarqué con una libretita de apuntes, un lapicero negro y la intención de escribir sobre los conductores de Jeeps Willys del pueblo. Al llegar a la cafetería más grande de la plaza principal, una mesera me señaló a un hombre que me podría servir, mientras éste se movía de un lado a otro alrededor de un Jeep Willys rojo. De Arnulfo me dijo que era el más amable de los conductores de Filandia y que seguro me ayudaría.

A sus 68 años de vida este hombre menudo y bonachón, de sonrisa gratuita y dientes uniformes que parecen más implantes, quien lleva medio siglo en Filandia, dice que está acostumbrado a vivir en movimiento, que la quietud lo entristece. Por un momento pierdo la concentración y sus palabras me retumban como campanas de iglesia llamando a misa. Pienso en los ires y venires de la vida, en la rutina que todos, tarde o temprano y sin excepción asumimos, y en las cosas que de tanto repetirse se vuelven mecánicas y me pregunto si esas acciones nos vuelven autómatas resignados.

Arnulfo lleva a cuestas cuarenta años en el oficio de conducir Jeeps Willys. Su aspecto, vivaz, afable y de pocas canas no refleja su edad. En su natal Salento nunca soñó con ser *Yipero (como se les dice a los conductores de estos jeeps)* y ni siquiera conocía a alguien que supiera manejar

De esos primeros días en el oficio cuenta que cuando los Willys llegaron a Colombia, hacia 1950, importados por la desaparecida Caja Agraria como remanente que no fue usado por el ejército de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, se hacía fiesta en los pueblos con papayera, lechona, pólvora aguardiente y hasta llamaban al cura del pueblo para que los bendijera *“Era como celebrar el Año Nuevo o el 20 de julio. Los dueños de esos yipes (sic) chicaneaban metiéndoles la doble y el bajo pa’ treparlos por las escaleras de la iglesia y los muros de la plaza y cuanta trocha había”, comenta con cierto rictus de cuentero*. De los carros que tuvo, los modelos y los colores sostiene que eso es historia patria. *“Es como preguntarle a un marinero por las mujeres que conoció en su vida de puerto en puerto”,* sentencia Arnulfo mientras deja entrever una sonrisita picaresca que le producen sus recuerdos. Se distrae un poco y limpia el capó de su carro con una bayetilla roja que guarda en el bolsillo de la camisa esperando que se llene el cupo de su carro para viajar a la vereda El Bizcocho.

Cuando llegaron al país, cada Jeep nuevo costaba 6.500 pesos. Era una suma inalcanzable para este yipero, que como celador de una bodega ganaba 23 pesos mensuales. En 1957 un conocido suyo compró un Jeep y necesitaba alguien de confianza que se lo manejara. Arnulfo no estaba muy a gusto en su trabajo de trasnochos, de modo que se ofreció para el trabajo. Tres años más tarde pudo comprar su propio carro con un préstamo de la Caja Agraria y desde eso no ha hecho otra cosa en su vida que no sea conducir Willys. Asegura

que la casa, el carro que compró hace doce años y la esposa que tiene se la debe a su oficio, porque la conoció mientras hacía viajes desde la plaza hasta al corregimiento La India.

En sus 40 años de conductor, Arnulfo ha transportado café, cerdos, personas, escombros, plátano, carbón y hasta muertos. En el terremoto que en 1999 sacudió al Eje Cafetero puso su carro al servicio del hospital San Vicente Paúl para transportar los heridos más graves que precisaban atención en Armenia. Cuenta que el momento más angustiante de su vida como conductor lo vivió precisamente ese 25 de enero. *“Mijo, ver tanto escombros, heridos y muertos lo impresiona mucho a uno. A mí me tocó ver morir aquí atrás del carro a dos mujeres y un señor ese día. Yo le hice a lo que me daba el carrito, pero no alcanzamos a llegar a Armenia. Me acuerdo que cuando íbamos bajando por la vaguita(sic) donde quedaba esa discoteca que decían que se apareció el diablo, una de las señoras se nos fue”*, cuenta Arnulfo con aire de tristeza al recordar ese momento.

Actualmente sólo transporta pasajeros entre la plaza de Bolívar, las veredas del pueblo, y el corregimiento La India. Lleva entre doce y quince personas por trayecto, pero sostiene que a un Willys le caben hasta 25 pasajeros, apiñados casi uno encima de otro. *“Mijo, esto ya no es como antes. Ahora los de Tránsito y la Policía de Carretas molestan mucho que por el SOAT, la seguridad, el conduce\* y el sobrecupo”*. De los viajes que hace le quedan libres alrededor de 550 mil pesos mensuales para vivir modestamente con su esposa en la casa que le pagaron al banco hace años. *“La tiendita de la mujer, mi plata y lo que nos pasan los hijos nos alcanza pa’ vivir humildemente, pero sin necesidades”*, dice Arnulfo mientras mira a la distancia a un grupo de personas que se dirigen a su carro. *“Uno, uno, el último Bizcocho y nos vamos”*, grita sonoramente y con voz radial el voceador del paradero de jeeps.

Un hombre de bigote, flaco y espigado acelera el paso para alcanzar el último cupo. Arnulfo se acomoda sus gafas y una gorrita desvencijada de Café Águila Roja que le hace sombra a su cara. Le pega pataditas a las llantas asegurándose de que estén bien calibradas, se monta a su carro y saluda a sus pasajeros. Me anuncia que debe dar por terminado nuestro encuentro fortuito. *“El deber me llama, mijo”*, me dice sonriendo con sus ojos brillantes y esperanzadores. Yo me quedo sentado en un andén, inmerso en divagaciones mentales sobre la vida, sobre encuentros que parecen fortuitos y me sobreviene la obvia idea de que, además de mercancías y personas, todo yipero carga a diario la historia de su propia vida

\* El conduce es un documento conductores de transporte público tramitan para trabajar fuera de su jurisdicción.

